

Jacobo Árbenz Guzmán: la memoria incómoda

MANOLO E. VELA
CASTAÑEDA



MANOLOVELA@IBEROMX

El recuerdo del presidente Jacobo Árbenz Guzmán sigue siendo incómodo para muchos. La Revolución de Octubre es nuestra gran fractura como nación, y de esta sigue emanando un veneno perdurable.

Para el Ejército, cuyos mandos se dejaron corromper por la embajada de Estados Unidos, junio de 1954 debería ser recordado como una mancha en el honor militar. Vaya vergüenza bajar la cabeza ante la altivez con la que John Peurifoy, con revólver al cinto, el embajador de Estados Unidos, se paseaba por los pasillos del poder. Vaya sentido del deber para con la defensa de la soberanía nacional. Pero más allá de esto: nunca ha habido una intención de revisar el actuar del Ejército –como institución– en aquella trágica coyuntura. Antes bien, se sigue haciendo apología de la humillación y la deshonra, como pudimos leer en *100 años del natalicio de Árbenz. Huborazones para derrocarlo*, de Mario Mérida, publicado en este medio (el 12 de septiembre de 2013). Deliberantes y nada obedientes: ese era el profesionalismo de quienes, al derrocar al Presidente, violaban la Constitución. Pero habrá un momento –de eso estoy seguro– en que los oficiales de las nuevas generaciones juzgarán la falta de lealtad del mando de 1954 para con su compañero de armas y Presidente.

Para las fuerzas políticas de derecha la “gloriosa victoria” se tradujo, muy, pero muy rápidamente, en un sonoro fracaso. Antes que construir un régimen político estable, anticomunista, lo que privó fueron las disputas y los golpes de Estado. Entre 1954 y 1963, aún sin la guerra de guerrillas, estos liderazgos –contando con el grandísimo apoyo de Estados Unidos– demostraron una soberana incapacidad para dirigir una nación. Y entonces, en 1963, vino el poder militar; y con él una cortina de hierro cayó sobre nuestra historia. A la sed de venganza con la que la contrarrevolución retomó el control de la situación, sobrevino un régimen de terror, exilio, muerte, persecución al liderazgo social, prohibición de ideas, y proscripción de fuerzas políticas. Esta trayectoria desembocó –hacia 1982 y 1983– en los actos de genocidio cometidos contra los pueblos indígenas. Sin



ILUSTRACIÓN VÍCTOR MATANMOROS > EL PERIÓDICO

saberlo, con el estandarte del Cristo Negro, la contrarrevolución estaba liberando unas fuerzas que nunca iba alcanzar a controlar. ¿Quién –en su sano juicio– puede sentirse orgulloso del legado de la contrarrevolución? Pero los ha habido, los hay y los seguirá habiendo.

La izquierda no pudo, Durante mucho tiempo, perdonarle a Árbenz su renuncia. Esta valoración la empezaron los comunistas, quienes calificaron esa decisión como “...un serio error de graves consecuencias”. Con la izquierda armada Árbenz mantuvo una relación distante; y –a lo largo de la guerra civil– estas fuerzas nunca reivindicaron su figura. Para las izquierdas el relato siempre fue “la Revolución de Octubre”, en términos generales. La reconciliación de las izquierdas con Árbenz constituye un cambio relati-

vamente nuevo, que se halla probablemente alrededor de 1995, cuando se da la repatriación de sus restos. En aquel momento, nosotros, que estábamos en organizaciones sociales, nos quedamos sorprendidos al ver cómo muchísima gente, de forma espontánea, al paso del féretro salía a las calles y gritaba: “Es que él sí tuvo huevos... no como estos...” Y entonces, entendimos que Árbenz era algo más que las autocríticas y los golpes de pecho de los revolucionarios en 1954.

A diferencia de otros héroes –mito, que precisan de fuertes dosis de idealización, la memoria de Árbenz debe estar fundada en la comprensión cabal de los claroscuros de su personalidad y en las grandísimas complejidades del tiempo histórico que a él le tocó vivir. La santidad no se lleva con el poder, y Árbenz no es un héroe de

bronce, ni necesita del retoque de las reconstrucciones épicas. Ahora vemos cómo, mientras más nos alejamos de la Revolución de Octubre, la historia se encarga de rendirle tributo a Jacobo Árbenz Guzmán. Y este se seguirá agigantando, cada vez más, –a pesar, o quizá precisamente porque es memoria incómoda– como uno de los pocos héroes nacionales con que contamos los guatemaltecos.

Esto lo escribió Huberto Alvarado en “Apuntes para la historia del Partido Guatemalteco del Trabajo”, p. 32. Esto mismo se halla condensado en la evaluación de la contrarrevolución que quedó plasmada en: “La intervención norteamericana en Guatemala y el derrocamiento del régimen democrático”, Comisión Política del PGT, 1955. En: “El marxismo en América Latina”, de Michel Löwy.